**1º: La Resurrección del Señor**

La Pasión de Cristo le condujo al sepulcro, pero ahí no acabó todo. La resurrección es el sello que confirma toda la vida de Jesús, y nos asegura que su muerte no fue un fracaso: Él vive y reina por los siglos de los siglos. Precisamente, al finalizar la Cuaresma, durante la Semana Santa, celebraremos la Pascua de Resurrección. Jesús muere para resucitar; la muerte no tiene la última palabra.

En nuestra vida de cristianos tenemos que reflejar a Cristo resucitado, que antes vivió entre nosotros y se entregó a la muerte y muerte de cruz. Debemos morir al pecado y resucitar a la vida de gracia, en especial por el sacramento de la Penitencia, que «resucita» el alma sumergida en las sombras de muerte del pecado.

*«Acercaos cada uno individualmente al sacramento de la Confesión»*[[1]](#footnote-1), pedía la Virgen en un mensaje. Y el papa Francisco aclaraba una vez: «...no basta pedir perdón al Señor en la propia mente y en el propio corazón, sino que es necesario confesar humildemente y confiadamente los propios pecados al ministro de la Iglesia»[[2]](#footnote-2).

**2º: La Ascensión del Señor**

El tiempo de Cuaresma es propicio para retomar el Camino, que es Jesucristo, el Único que evitará precipi-tarnos en el abismo de la perdición. Él también ascendió a los cielos para abrirnos sus puertas, que el pecado había cerrado. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia*: «En Cristo se han reconciliado el Cielo y la Tierra, porque el Hijo “ha bajado del cielo”, solo, y nos hace subir allí con Él, por medio de su Cruz, su Resurrección y su Ascensión»[[3]](#footnote-3).

*«Diles que procuren estar arriba y buscar las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios»*, decía la Virgen en el mensaje de 2 de octubre de 1981. Dejemos, pues, la cosas de este mundo, a las que tan apegados estamos, y busquemos lo que nunca se acaba y permanece. Sea el centro de nuestra vida Jesucristo, y usemos de lo creado en la medida que nos lleve a amar más a Dios.

**3º: La Venida del Espíritu Santo**

«Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobrezas y lo da todo por el otro»[[4]](#footnote-4).

Así nos exhortaba el papa Francisco en su mensaje para la Cuaresma de este año. El Espíritu Santo nos guía «por los caminos del amor», que nos conducen hasta los demás, para practicar las caridad con ellos.

Es lo que pedía el Señor en un mensaje Prado Nuevo: *«...amo, hijos míos, y recompenso a todas aquellas almas que ponen su corazón en la caridad y en el amor. Hijos míos, practicad la caridad con todos los seres humanos»*[[5]](#footnote-5).

**4º: La Asunción de la Virgen María**

La Virgen María fue elevada al Cielo en cuerpo y alma, y coronada por la Santísima Trinidad. Pero antes fue la Virgen sacrificada y humilde, la Virgen sencilla y fiel...

El misterio de su asunción nos invita a pensar en la vida eterna, en el Cielo, desde donde nuestra Señora no deja de interceder por nosotros y nos anima a vivir cada día cumpliendo con nuestros deberes, como Ella lo hizo en su casa de Nazaret. Por eso, la misma Virgen nos animaba en el mensaje de 2 de febrero de 2002: *«Las almas buenas gozan de la misericordia tan grande que Dios ha tenido con ellas, porque han sido capaces de luchar, de despren-derse, de no aceptar vanidades, ni rencores, ni envidias, de ser pobres, humildes, sacrificados, de imitar a Jesús en la Cruz y a María en Nazaret»*.

Un propósito para esta Cuaresma podría ser éste: imitar la vida laboriosa y entregada de la Virgen en nuestro trabajo, en la familia, en la vida cotidiana...

**5º: La Coronación de la Virgen María**

Precisamente, María Santísima, que nunca buscó reconocimientos, ni títulos en este mundo, ni glorias vanas, fue merecedora de la coronación. A Ella, ser coronada, no le sirve para mostrarnos esa brillante corona que forma parte de sus imágenes, y que le ofrecemos nosotros para honrarla. Quiere ser reflejo de su grandeza de alma y de las más bellas virtudes que la adornan.

Ofrezcamos a nuestra Señora nuestro humilde servicio a su Hijo en la Iglesia que Él fundó, practicando la caridad con el prójimo, especialmente con los más nece-sitados. Esto, sin duda, alegrará su corazón inmaculado y el de Jesús más que cualquier otra ofrenda material.

Así, pedía Él en un mensaje de Prado Nuevo: *«Amad a los necesitados y favorecedlos, hijos míos, y que se extienda por todas las partes del mundo vuestra mano para ayudar a todo aquél que os necesite. Ése es el amor, ése es el fruto que sale del costado de Cristo: la caridad»*[[6]](#footnote-6).

1. 3-11-1984. [↑](#footnote-ref-1)
2. *Audiencia*, 19-2-14. [↑](#footnote-ref-2)
3. *CEC* 2795. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Mensaje para la Cuaresma*, 2015. [↑](#footnote-ref-4)
5. 1-7-1989. [↑](#footnote-ref-5)
6. 5-12-1992. [↑](#footnote-ref-6)